CINECLUB NUCLEO

www.cineclubnucleo.com

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Temporada Nº **57**
Exhibición Nº **7332 7333**
Cine **Complejo Tita Merello**

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102, o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**

Buenos Aires, martes 31 de agosto de 2010

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

EL REBELDE MUNDO DE MÍA

(*Fish tank,* Inglaterra / Holanda - 2009)

Dirección: ANDREA ARNOLD. *Guión*: Andrea Arnold. *Fotografía*: Robbie Ryan*. Diseño del film:* Helen Scott. *Montaje*: Nicolas Chaudeurge. *Mezcla de sonido:* Tom Deane. *Dirección de arte*: Christopher Wyatt. *Vestuario*: Jane Petrie. *Elenco:* Katie Jarvis (Mia), Rebecca Griffiths (Tyler), Carrie-Ann Savill, Toyin Ogidi, Grant Wild, Sarah Bayes, Charlotte Collins (Sophie), Kirsty Smith, Chelsea Chase (Andree), Brooke Hobby (London), Harry Treadaway (Billy), Syrus, Kierston Wareing (Joanne), Alan Francis, Ben Francis, Jack Gordon, Jason Maza (Liam), Michael Fassbender (Connor), Michael Prior, Dave Hawley, Lisa Mahoney, Sarah Counsell, Sunanda Biswas, Gavin Cooper, Amir Saleem, Jody Schroeder, Fase Alzakwani, Stella McGowan, Mia Copas, Tony Geary, Hannah-Marie Keeble, Sydney Mary Nash (Keira), Joanna Horton (Kelly), Charlie Baker, Peter Roue, Geoff McCracken, Val King, Kishana Thomas, Raquel Thomas, Natasha Ilic, Maxine Brogan, Kirsty Page, Georgia Crane. *Producción:* Kees Kasander. *Producción ejecutiva:* Christine Langan, David M. Thompson, Paul Trijbits. *Productoras*: BBC Films, UK Film Council, Limelight Communication, ContentFilm, Kasander Film Company. *Duración*: 120'.

El film se exhibe por gentileza de SP films

El Film

Cuando hablamos de identidades sólidas en el cine británico, una de esas identidades, probablemente la más consistente de todas ellas, es la del realismo social. Nunca se trató de un movimiento forjado desde un manifiesto o desde una generación de cineastas vinculados a un contexto y señas que lo propiciaran, sino más bien de una tradición cinematográfica que ha encontrado honrosa sucesión, consolidados maestros y discípulos que han asumido su herencia sin renunciar a una escritura desmarcada.
A propósito de **El rebelde mundo de Mía** decía Nick James, editor de *Sight & Sound*, que es Ken Loach el padrino de una generación de realizadores pertenecientes a esa tradición. Andrea Arnold, sin duda, entra en ese grupo y se destaca, según James, por una suerte de esfuerzo semi-poético. Efectivamente, no es difícil alinear a Arnold en ese realismo social con nombres como Mike Leigh o, algo más lejos, con Shane Meadows (con quien comparte preocupación por el aislamiento adolescente), pero quizá sea más atinado poner en común aquí dos títulos provenientes del país vecino: **Ricky** (2009), la fábula obrera y desencantada de François Ozon, en cuanto a tono y ramalazos líricos en medio de la contención; y **Julia** (Erick Zonca, 2008), en lo que se refiere a cierta (y plausible) intemperancia narrativa que sobreviene en la última media hora.
Esa semi-poesía visual se remite en el filme de Andrea Arnold a momentos puntuales en los que la cámara en mano salva las distancias para captar las expresiones de Mia, la quinceañera irascible a la que interpreta Katie Jarvis, en los deseados acercamientos de Connor (Michael Fassbender), el encantador novio de su madre con el que establece una relación cada vez más (peligrosamente) estrecha. En una de esas escenas, Connor lleva en brazos a la cama a Mia, quien finge estar dormida. Una vez allí, el juego de contraplanos y puntos de vista permite entender su silencioso deseo y necesidad de afecto, destilados desde su mirada entrecerrada y secreta. En otra escena, una imagen ralentizada de la niña que huye de Mia pone la nota desconcertante y crepuscular, ilustración extraña del ocaso de la adolescencia que se confirmará poco después.
No obstante, la verdadera poesía de **El rebelde mundo de mía** se encuentra en su sensibilidad suma, su capacidad para penetrar en la desesperanza aparentemente

inescrutable de su protagonista («¿te he dicho alguna vez que estuve a punto de abortarte?», le espeta su madre) y convertirla en un cúmulo de emociones transferibles al espectador. En última instancia importa menos si las vías de escape y aprendizaje se traducen en bailes de hip-hop, o si el destino se resuelve con una metáfora ecuestre, que la riquísima galería de matices del desencanto que ofrece Jarvis, verdadero sustento del filme. Al fondo, la Inglaterra de las periferias y las industrias desguazadas dibuja un escenario terrible, imposible para la supervivencia emocional y la educación afectiva.

(Jordi Revert, 30 de abril de 2010, extraído de www.labutaca.net)

La referencia ineludible al hablar de Andrea Arnold es Ken Loach. No en vano **El rebelde mundo de Mía** pasea por territorios que perfectamente habrían acogido alguna de las historias del conocido director. Sin embargo, lo que para Loach habría servido de plataforma para la exposición de una nueva vuelta de tuerca a su diagnóstico de las consecuencias de las desigualdades y la crisis económica sobre las vidas de la gente, en el caso de Arnold se presenta como un viaje al mundo particular de una adolescente de 15 años que habita una de esas viviendas colmena en una población obrera inglesa, una chica enfadada con su madre y con el mundo, expulsada de la escuela por su extrema indisciplina, y que encuentra tan sólo en el baile (es una apasionada fan del rap y el hip hop) una vía de escape para huir de la sensación de asfixia de su día a día.

Mia, la joven protagonista (una estupenda Katie Jarvis), ocupa prácticamente todos los fotogramas de la cinta, y la cámara de Andrea Arnold se pega a ella en su deambular por las calles, en su nervioso ir y venir, muchas veces sin destino claro. Sin amigas, sintiéndose extraña incluso entre todos los que le rodean, el espectador termina compartiendo con ella cada momento de su vida. A través de sus ojos vemos al resto de los personajes: su madre (Kierston Wareing, la protagonista de “En un mundo libre…”), su hermana (Rebecca Griffiths), y el novio de la primera (Michael Fassbender), que irrumpe en la monotonía de su vida ejerciendo una poderosa atracción sobre ella.

Lo mejor de la visión de Andrea Arnold es que consigue no caer en los estereotipos. La cámara logra transmitir la profunda frustración que marca muchos de los comportamientos de Mia, su extrema sensación de soledad y de sentirse encerrada en una rutina asfixiante, y eso a pesar de que algunos de sus comportamientos acaben resultando contradictorios, o despertando incluso el rechazo del espectador. Es en los pequeños detalles donde se demuestra la maestría de la directora, las pinceladas que muestran un espíritu sensible en el que un gesto, un roce, una mirada, pueden ir cargados de un potente significado que sacuda el mundo de la protagonista. Y es en esa perspectiva donde la película raya más alto.

El film es una desnuda y sincera propuesta, que no busca ninguna tesis ni aporta solución alguna a la profunda desestructuración de una parte de la sociedad inglesa, que poco más puede hacer que sobrevivir en el día a día. Lejos de las propuestas llenas de tesis de su supuesto mentor, Andrea Arnold deja sobre el tapete algunas posibles pistas para entender a quienes, en tantas ocasiones, se revelan como absolutos extraños para los adultos, los adolescentes que ocupan las plazas y las calles y parecen provenir de un mundo ajeno al nuestro. Y sin embargo, la cinta viene a decir que nada más lejos de la verdad: comparten el mismo que nosotros, pero también sufren en primer plano las consecuencias de nuestras miserias y fracasos vitales. Ver cómo la debutante Katie Jarvis logra que uno de ellos se nos muestre con esta potencia es, sin duda, el principal mérito de una cinta como **El rebelde mundo de Mia.**

(Miguel A. Delgado, 3 de mayo de 2010, extraído de www.labutaca.net)

Duro drama familiar y social o retrato de una adolescente solitaria e inadaptada. En cualquier caso, **El rebelde mundo de Mia** se presenta como una de esas películas realistas que el cine británico viene ofreciéndonos, en la línea de Mike Leigh o de Shane Meadows. En ella Andrea Arnold intenta levantar una cartografía social a partir de la historia de una familia monoparental que lucha por sobrevivir, sobre todo en su fragilidad emocional, en la periferia de Essex. La cámara de la directora de **Red Road** (2006) se centra en la joven Mia y la sigue en su particular viaje hacia la madurez, entre la ilusión por bailar y la necesidad de protegerse del influjo materno. Su carácter arisco la ha convertido en un ser asocial, continuamente a la gresca con todo el mundo, encerrado en una habitación convertida en pista de baile. Ahora, su irresponsable madre ha llevado a su nuevo novio a casa y pretende que ella vaya a una escuela especial, mientras su hermana pequeña Tyler parece ser un eslabón más de esa dinámica enrabietada.

En realidad, asistimos a la *road movie* de una adolescente que trata de escapar de un mundo cerrado y egoísta, donde nadie hace nada y sobra grosería en la convivencia, donde el vacío se ahoga en alcohol y sexo cuando no en una televisión insulsa. Vemos a una madre que ha sustituido el instinto materno por otro menos ejemplar, y a una Mia que sólo quiere evadirse de los problemas domésticos con un baile que la libere y exprese sus ganas de vivir. La debutante Katie Jarvis aporta espontaneidad y frescura a ese personaje sensible y desorientado, con una mirada que transmite esa necesidad de afecto y que grita agriamente al sentir indiferencia a su alrededor. Lucha por salir de la pecera (“Fish tank” es el título original del film) en que vive y se ahoga, por alejarse de un entorno que comercia falsamente con el cuerpo y los afectos, por ser ella misma y manifestarlo con un baile frenético. Sus modales bruscos, su ira y venganza, su

capacidad de amar y rechazar… están en un periodo de ajuste y estabilidad al que la misma vida le pondrá a prueba con su dureza, engaño y desencanto, hasta estar “preparada” —así lo manifiesta en el plano final— para salir a un nuevo mundo. De ahí su empeño por soltar a la vieja yegua, otra metáfora de su propio espíritu libre y rebelde que se niega a permanecer dominado.

La británica Andrea Arnold toma la cámara al hombro para buscar una planificación aparentemente descuidada que transmita vitalismo e inquietud, con una puesta en escena realista y un pulso vivo. La fotografía fría y dura, de grano grueso y poco nítida, en ocasiones con entornos desenfocados, refleja la indefinición y confusión de una protagonista perdida, mientras que el montaje dinámico y brusco responde a un estilo de vida que marcha a golpe de impulsos. Mantiene el punto de vista adolescente durante todo el metraje, para sentir con Mia la violencia de un ambiente en el que no encaja, ver con ella la brusquedad materna o sus devaneos amorosos hasta echarle en cara que «¡tú eres lo que me pasa!», o sensibilizarse ante el afecto de quien la cuida cuando está herida o aporta cierto aire familiar en un hogar descuidado.

(Julio Rodríguez Chico, 4 de mayo de 2010, extraído de www.labutaca.net)